

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 15.

31. MAYO
1925.



30
Cénts.

¿Tenéis en vuestra colección todos estos PINOCHOS? Suponemos que sí, y los publicamos, sobre todo, porque son tan bonitas las cubiertas, que resulta, como veis, una página preciosa.



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A. Valencia, 28, MADRID

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 15.

31. MAYO
1925.



30
Cénts.



PINOCHO

SIEMPRE JUSTO Y AMABLE

ACCEDE A UN RUEGO

DE SUS AMIGOS



Muchos pinochistas se han dirigido a su amigo Pinocho diciéndole que es muy difícil reunir cincuenta cupones para el sorteo de regalos. Como el deseo de PINOCHO ha sido siempre que en ese sorteo prueben su suerte todos sus amigos, ha decidido inmediatamente reducir los **cincuenta** cupones a **OCHO**, que se publicarán en ocho números seguidos, empezando por éste. Naturalmente, eso nos obliga a retrasar la fecha del sorteo, que no podrá realizarse hasta que todos nuestros lectores hayan tenido tiempo de enviarnos los **ocho cupones**. Estos ocho cupones deberéis recortarlos y guardarlos del primero al último. En el número en que se publique el cupón 8 daremos una cuadrícula donde deberán pegarse los ocho cupones, de acuerdo con las instrucciones que allí se dirán.

Cada pinochista podrá así obtener **cincuenta números** para el sorteo de los estupendos regalos de PINOCHO. Recordamos que en PINOCHO se publicarán los nombres y retratos de los pinochistas premiados. **El sorteo se hará ante notario.**

Claro es que cada pinochista puede obtener tantas veces cincuenta números para el sorteo como colecciones de los ocho cupones nuevos (o como colecciones de cincuenta cupones antiguos) nos envíe. Y claro es también que los suscriptores que ya por serlo tienen derecho a cincuenta números, pueden además obtener otros cincuenta por cada colección de los **ocho cupones** que nos envíen, de acuerdo con las instrucciones que oportunamente publicaremos.

LOS 33 REGALOS DE "PINOCHO", QUE COMO SABÉIS VALEN MÁS DE

5.000 pesetas

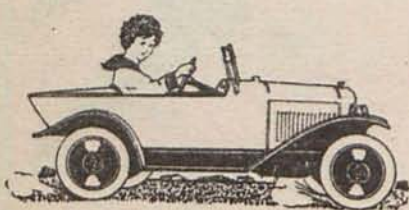
son los siguientes:

DOS ESPLÉNDIDOS «AUTOS»

CITROËN

que valen más de

1.200 ptas.



Estos preciosísimos autos son completamente iguales que los grandes de la famosa marca, y están contruidos en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tienen tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMÁTICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para estos autos. Además, tienen la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.

ADEMÁS DE LOS DOS CITROËN, PINOCHO OS REGALA:

2 magníficas bicicletas de verdad.	Ptas. 600	3 Triciclos con aros de goma.	Ptas. 675
2 formidables locomotoras mecánicas.	— 250	1 Tren eléctrico admirable.	— 250
6 preciosas muñecas.	— 450	2 casas de muñecas.	— 350
1 «trousseau» de muñeca completo.	— 250	2 tocadores «de verdad».	— 150
12 colecciones completas de la serie Pinocho contra Chapete.	— 600		



Nunca se ha conocido esplendidez semejante. Pinocho, no es sólo el muñeco más heróico y más divertido; es también el más generoso.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

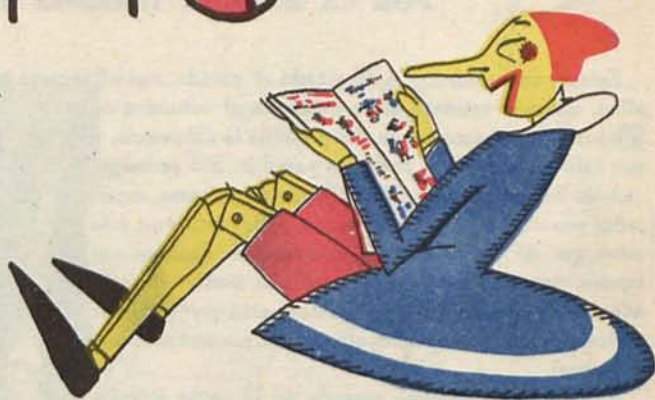
CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO GALLEJA" — DIR. J. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN }
CIERRE Y TALLERES } CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

Precios de suscripción:

ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA — UN AÑO 20 PSETAS
OTROS PAISES — UN AÑO 30 PSETAS

NÚMERO XV

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

CRISTOBICA



Aquí tenéis al simpático Cristobica encaramado en la barandilla de su Teatrito Guiñol dispuesto a contaros la aventura más interesante de su vida.

Todos sabéis que Cristobica está casado con la primera actriz de la Compañía dramática que con tanto éxito actúa por esas plazas y plazas. Esta primera actriz, llamada Rosita, es una mujer que se apaña bastante bien: sabe zurcir, sabe barrer y sabe hacer unas migas con chocolate como para chuparse los dedos. Pero en cambio, tiene un defecto que supera a todas estas cua-

lidades. A Rosita le gusta demasiado el vino, y un día sí y otro también Rosita se nos emborracha.

Diréis, como lo digo yo y como lo afirma también Cristobica, que eso de emborracharse no es propio de personas decentes; pero el caso es que Rosita se nos emborracha, y que en cuanto el vino se le sube a la cabeza le da por charlar, y no hay manera de hacerle guardar un secreto.

Y así sucedió que una vez que Cristobica tenía escondidos sus ahorritos en el fondo de un puchero, se le ocurrió a su mujer ir a contárselo a unos gitanos, y no hay para qué decir que el pobre Cristobica se quedó sin ahorros y sin puchero.

Y por si esto fuera poco, tenía también Cristobica que aguantar las impertinencias del tío Roqueta. Este personaje, dueño del Guiñol, le hacía trabajar sin descanso y lo trataba pésimamente.

No os extrañará, pues, que a Cristobica se le acabara la paciencia y adoptase una resolución extrema. Una mañana instaló el tío Roqueta el tinglado de su teatrito en uno de los más concurridos paseos de la Corte. Agitó con estrépito la campanilla, y alrededor del Guiñol se aglomeró un animado grupo de espectadores. En primera fila se acomodó un chiquillo que llevaba en la mano un precioso globito de goma. La representación iba a empezar.

Pero he aquí que de pronto aparece Cristobica, da un salto, sale del escenario y se cuelga del hilo de sujeta al globito, y arrancándoselo de las manos al pequeñuelo, nuestro buen Cristobica se remonta majestuosamente por el espacio.

La cara de asombro que pusieron los espectadores, no es para descrita.

Como por las alturas soplaba viento fuerte, Cristobica notó que su globo navegaba a una velocidad vertiginosa. Vió perderse bajo sus pies llanuras y montañas, hasta que apareció el desierto inmenso del mar. Al cabo de tres días aterrizó

Cristobica con toda felicidad en una alejada isla de Oceanía. Aunque sus habitantes eran muy negros y muy feos, parecían buena gente. Por lo menos no se comían a nadie. Cristobica les cayó en gracia, y haciéndoles comedias llegó a reunir un capitalito muy decente.

Libre de la tiranía del tío Roqueta, Cristobica estaba como en la gloria.

—¡Qué lástima —se decía— que mi mujer me haya salido borracha! ¡Con lo bien que lo pasaría aquí conmigo!

Por fin, un día, al enterarse de que en aquella isla no se conocía el vino y no había peligro de que su mujer se trastornase, resolvió escribirle esta carta: «Rosita borracha: Aquí me tienes en plena Oceanía, a dos centímetros justos del Ecuador. Soy feliz y tengo mi casita con gallinas y todo; pero me acuerdo mucho de ti y de las migas con chocolate. Procura escapar de las garras del tío Roqueta; te embarcas y preguntas por la Isla de los Cocoteros, donde te espera tu Cristobica.»

La carta llegó a su destino; pero bastó media copita de ojen para que el tío Roqueta le sacase a Rosita todo lo que su marido le decía, y tan pronto se enteró de su paradero, fletó un vaporcito y se marchó con rumbo a la Isla de los Cocoteros.

Desembarcar y sorprender a Cristobica bailando un garrotín de fantasía, todo fue uno.

Cuando Cristobica vió delante de sí al tío Roqueta, se quedó como una estatua.

El tío Roqueta lo cogió por una oreja, le metió en un saco y se embarcó con él. Los negros le lanzaron algunas flechas; pero el tío Roqueta hizo un disparo al aire, y como en aquella isla no se había oído nunca un ruido tan grande, pusieron pies en polvorosa.

El pobre Cristobica, por culpa del feo vicio de su mujer, se ve otra vez sin una peseta y entre las garras del tío Roqueta.

Ahora os explicaré por qué las funciones del Guiñol acaban siempre dándole Cristobica una sarta de palos a su mujer; pero como Rosita tiene muchas más vidas que un gato, no se muere nunca, y eso que su marido la mata a estacazos veinte o treinta veces todos los días.



E. CASTILLO.

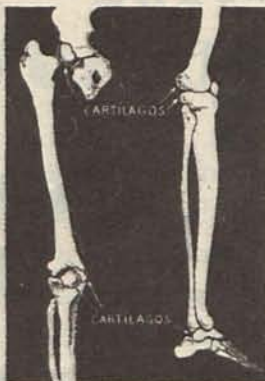
Castillo

CURIOSIDADES

POR LA MAÑANA TENEMOS MÁS ESTATURA QUE POR LA NOCHE

Esta es una verdad. Yo, tú y todo el mundo, nos ofrecemos más altos, con más estatura al levantarnos, al echarnos de la cama, que al acostarnos. Es pequeña la diferencia, y por este motivo no la podemos percibir. Sin embargo, cuando hemos estado mucho tiempo en la cama, aquejados por algún mal, nos sentimos, al levantarnos, más altos que de costumbre. La enfermedad, decimos entonces, nos ha servido para crecer. El motivo de este aumento y disminución de estatura está precisamente en los huesos, y más principalmente en nuestra columna vertebral.

La columna vertebral arranca de la parte inferior de nuestra cabeza y corre a lo largo de nuestra espalda. Tú lo sabes. Está formada por la unión de pe-



queñas vértebras. Pues bien: estas vértebras se hallan unas sobre otras, teniendo en sus juntas o coyunturas una sustancia blanda, cartilaginosa, como goma. Es muy natural que esa sustancia, siendo blanda como es, se aplaste, disminuya de tamaño durante el día, debido al peso de las demás vértebras que la oprimen. De noche, en cambio, al reposar nuestro cuerpo, los cartilagos se distienden, recobran su verdadero y natural tamaño, se alargan.

Por este motivo, al levantarnos tenemos más estatura, somos más altos que al acostarnos. Si nos tallamos por la mañana y por la noche, habrá entre ambas mediciones una diferencia más o menos grande; pero siempre habrá una diferencia.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

LOS MONOS DE IMITACIÓN



—Hombre, Barón —me dijo mi amigo Frantz, director del Gran Circo de los Andes—, ¿por qué no me caza usted unos monos? Me hacen falta para un número sensacional que voy a hacer, y no tengo otro que el hijo del conserje, que es muy mono.

—Bueno, bueno, amigo Frantz —le contesté—; ya veremos de traerle unos monitos.

Y decidí complacer a mi amigo.

Cuando volví a mi casa aquel día, me encontré a mi esposa, la dulce Adelaida, muy satisfecha, haciendo trapezio en la lámpara del comedor. Su regocijo estaba causado porque había logrado levantar a pulso el armario de nuestro cuarto.

—Adelaida —le dije—, vámonos a los bosques a capturar unos monos para nuestro amigo Frantz.

Mi esposa no me preguntó más, y me siguió a la calle.

Montados en el *tandem*, en el que acostumbramos hacer las excursiones, nos dirigimos al bosque en donde se hallaban los monos.

Allí hicimos pie a tierra y nos internamos por entre los árboles. Al poco rato de caminar nos hallamos en una plazoleta, y pudimos observar que los árboles que la rodeaban estaban llenos de simios, que nos miraban curiosamente.



Había llegado el momento de emplear toda la astucia posible para cogerlos.

Ante el gran asombro de mi esposa comencé, de repente, a dar cabriolas y saltos mortales.

Los monos me observaron en silencio, y después comenzaron ellos también a dar cabriolas y saltos mortales, exactamente de la misma forma que los míos.

Después me tumbé en el suelo y le-

vanté las dos piernas, y los monos hicieron la misma maniobra.

Terminado esto me rasqué con furia la cabeza, y los monos de imitación se rascaron la cabeza con frenesí...

—Ya están a punto —dije—, y sujetando las manos de la dulce Adelaida, las até fuertemente con una cuerda.

Se oyeron carreras y gritos en las copas de los árboles, y al poco tiempo pude observar que todos los monos habían sujetado por las muñecas a todas las monas, empleando tallos de enredaderas.

Los vencedores y los vencidos nos expiaban cuidadosamente para copiarnos hasta el más leve gesto.

Era curioso el verlos, pues bastaba con que me pasase el dedo por la nariz para que todos los monos se pasasen un dedo por su nariz; y cuando Adelaida estornudaba, todas las monas estornudaban también.

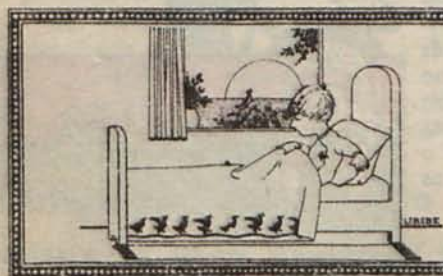
Entonces me puse en marcha hacia el pueblo, llevando a mi esposa sujeta por un brazo, y ni que decir tiene que los monos me siguieron, llevando sujetas por el brazo a las monas.

Así entramos en el Circo toda la comitiva, causando gran emoción, especialmente en el amigo Frantz, que vino a darme un fuerte abrazo de entusiasmo; pero estuve a punto de perecer a causa de ese exceso de agradecimiento, pues todos los monos se precipitaron sobre mí dando gritos de júbilo y obsequiándome con un sin fin de abrazos cariñosos, que a poco me dejan sin una costilla.

Esta fue la manera por la cual di caza a los monos de los bosques de los Andes.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

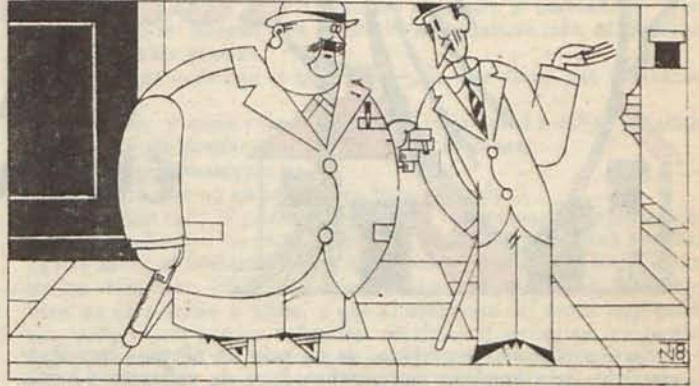


Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con
JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)
y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con
JABON CALBER (PASTILLA 1,25)
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.
PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

CHISTES



—¡Juanito! ¿Te gustan los barcos?
—¡No! Me gustan más los barquillos.



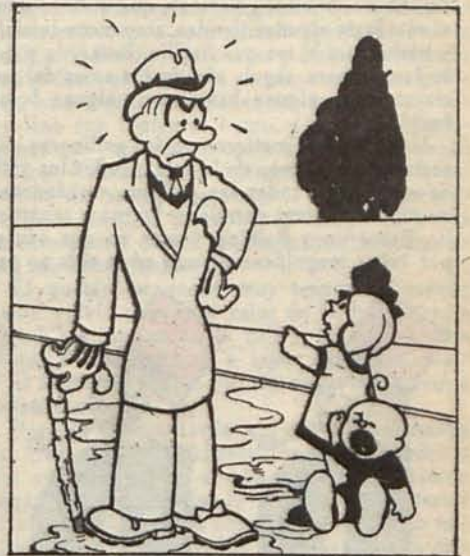
El gordo.—Desengañese usted, don Calixto, todos tenemos nuestras flaquezas.



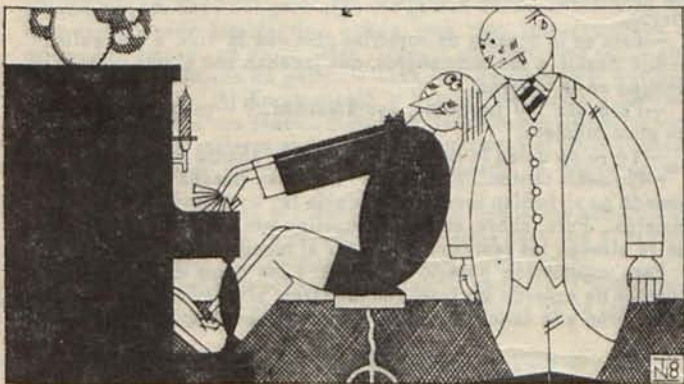
—¡Cielos! Juraría que esta mañana tenía en mi gorra el número 18.



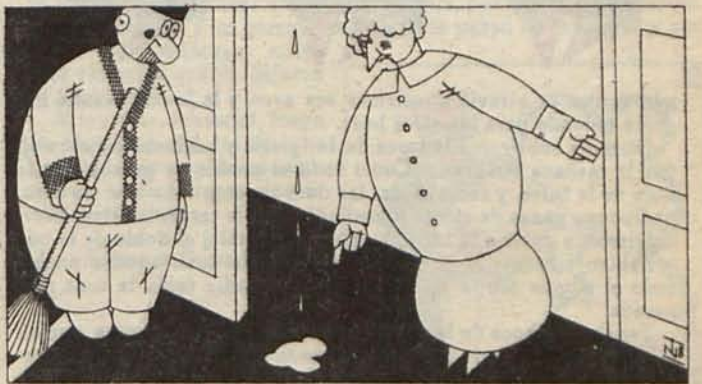
—¿A que no sabes de dónde es ese chato?
—¿No he de saberlo?... ¡De Aragón!
—¡Ca, hombre! ¡De las narices!!



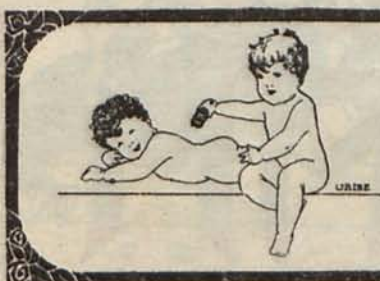
—Oiga, señor, dé usted unas volteretas por el suelo a ver si se calla mi hermanito.



—Me habían dicho que era usted un gran pianista.
—Sí, señor; hago con el piano lo que quiero.
—¡Hombre! ¿Y por qué no deja usted de tocar?



—Mire usted: toda la casa está llena de goteras.
—Ya le dije a la señora, cuando alquiló el piso, que había agua en todas las habitaciones.



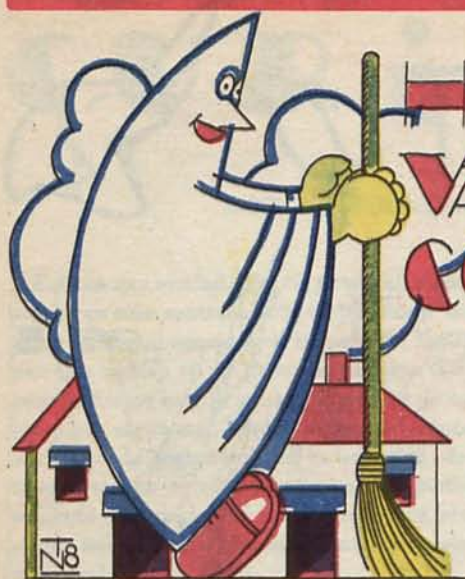
POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

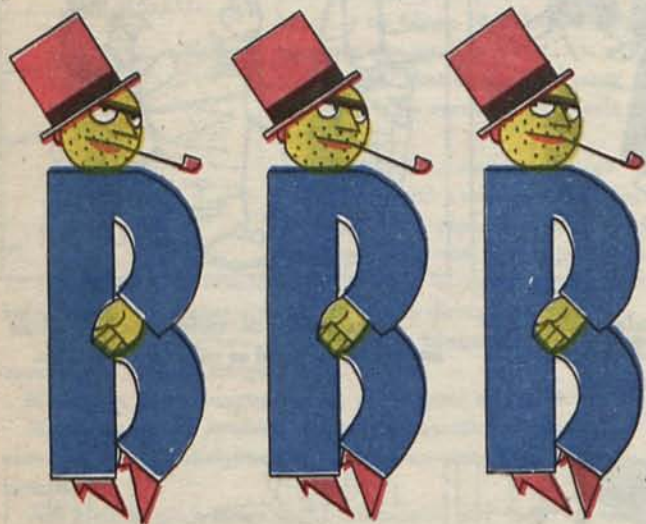


HISTORIA DE TRES VALIENTES, DE TRES COBARDES Y DE UN FANTASMA CUENTO DE CALLEJA

En el pueblo más importante de un país sin ninguna importancia, había tres hombres que gozaban fama de valientes; y había, también, otros tres hombres a quienes todo el mundo tenía por cobardes.

Los tres valientes se llamaban: Basilio, el primero; Bernardo, el segundo, y Balbino, el tercero. Como andaban siempre juntos, las gentes del pueblo los llamaban «los tres bes»; pero no por aquello de «bueno, bonito, y barato», que quieren decir las tres B. B. B. en el rótulo de algunas tiendas, sino como iniciales de «bruto, borrico y bárbaro»... Y era que Basilio, Bernardo y Balbino, por no perder su fama y para seguir siendo los amos del pueblo, no pasaban día sin cometer alguna brutalidad, alguna borricada o alguna barbaridad.

Una noche se metieron en los gallineros de los demás vecinos y cortaron las plumas de la cola a todos los gallos. Al día siguiente, de madrugada, todas las gallinas, creyéndose viudas, se escaparon de sus respectivos corrales y fueron a repartirse entre los de Basilio, Bernardo y Balbino, únicos en que aún quedaban gallos, que por tener magníficas plumas en la cola no parecían gallinas. Nin-



gún vecino se atrevió a reclamar sus aves, y la broma resultó negocio redondo para los «tres bes».

Otro día subieron a la torre de la iglesia y adelantaron el reloj, por la mañana temprano. Como todo el pueblo se guiaba por la hora de la torre, y como al dar las doce no eran más que las diez, nadie tuvo ganas de comer a mediodía. Por la tarde, los «tres bes», volvieron a subir a la torre, y atrasaron el reloj el doble de lo que le habían adelantado por la mañana, con lo cual, aquella noche, todo el mundo sentía un apetito feroz y nadie tenía la cena preparada.

Tapaban la boca de las chimeneas con paja mojada para que no saliera el humo y para que las mujeres tuvieran que escapar huyendo de las cocinas... Pintaban de blanco a los perros negros y de negro a los perros blancos para que sus amos los confundieran y echaran de casa a los suyos y metieran en casa a los ajenos, ganándose en el cambio algún que otro mordisco... Y a la puerta de la posada colgaban letreros que decían unas veces: «aquí se come de balde», y otras, «aquí se paga, pero no se come», con lo que el posadero tenía siempre la posada vacía, o llena de huéspedes, resueltos a no liquidar la cuenta.

Con estas hazañas y otras parecidas, Basilio, Bernardo y Balbino habían llegado a ser una calamidad para el pueblo. Más de una vez, las mujeres, hartas de perder gallinas, de tragar humo y de equivocarse de hora, habían proyectado reunirse todas contra los «tres bes» y darles una paliza soberana; pero los hombres, más prudentes, habían disuadido a sus esposas, a sus hermanas y a sus hijas de tan temeraria empresa.

nombres que comenzaban también con la misma inicial. Se llamaban Marcos, Mariano y Miguel, y como andaban juntos siempre, igual que los valientes, la gente del pueblo los llamaba «los tres emes» y decían al verlos pasar:

—Ahí van Melindre, Manteca y Merengue, los campeones del miedo...

Esta fama de tímidos se la habían ganado Marcos, Mariano y Miguel por varios motivos, entre los cuales se recordaban, sobre todo, tres hechos sin precedente. Los «tres emes» habían perdido una apuesta por no llegar a comerse cada uno tres chuletas, doce huevos y un queso manchego en el plazo máximo de una hora; y por no ver sufrir a un perro, le habían quitado la sartén vieja que los chicos le habían atado al rabo; y a un forastero que pasaba por el pueblo y no conocía el camino que necesitaba seguir, le habían dado informes exactos en lugar de indicarle el camino contrario para hacerle andar unas cuantas leguas en balde, como era costumbre.

Los tres valientes, que andaban siempre juntos, y los tres cobardes, que nunca salían separados, se encontraban muchas veces; pero no pasaba nada, porque los tres cobardes se hacían a un lado para dejar pasar a los tres valientes y porque los valientes no tenían ganas de reñir con los cobardes, que, aunque cobardes, eran tres.

□ □ □

Así las cosas, un día amaneció el pueblo revuelto. Corrió de boca en boca la noticia de que un terrible fantasma había recorrido la calle principal y que, filtrándose por las paredes, había penetrado en una casa cerrada y había salido de ella sin que nadie le abriera ninguna puerta.

Había quien aseguraba que semejante fantasma no era sino tal difunto cuyos herederos no habían cumplido las últimas voluntades... Para otros, el espectro no tenía figura humana y debía ser un espíritu que al buscar los lugares de su pasada vida se había equivocado de planeta... Y no pocos tenían el convencimiento de que la aparición era el diablo en persona, disfrazado así para hacer alguna de las suyas.

Con todas estas suposiciones y con todos estos comentarios, a partir de aquella noche nadie se atrevió a salir a la calle después de oscurecer... Nadie, excepto los tres valientes, que si se atrevieron.

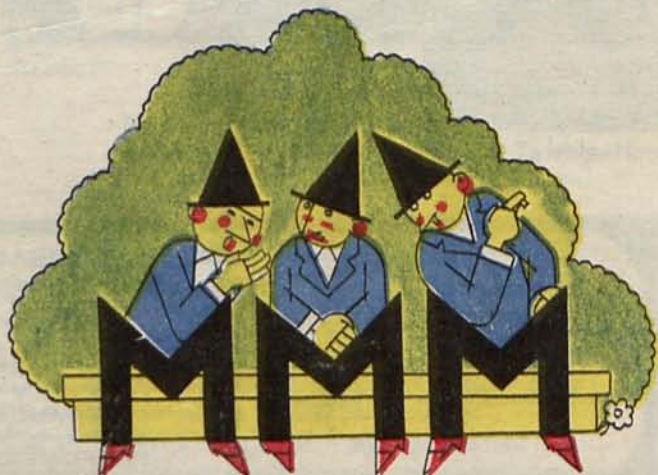
—Esta es la ocasión de cortarles otra vez la cola a los gallos... —dijo Basilio a sus compañeros, que jugaban con él una partida de dominó en la taberna.

—Pero eso del fantasma, ¿será verdad...? —preguntó Bernardo un poco inquieto.

—Yo sé de quién le ha visto anoche... —añadió Balbino.

—No seáis tontos... Eso de los fantasmas pasaba antiguamente, cuando no se habían inventado todavía los automóviles y las motocicletas... Pero, ahora, con los atropellos que hay por todas partes, no se atreven los fantasmas a volver al mundo... —aseguró Basilio.

Esta explicación pareció satisfacer a los otros dos valientes, y puestos de acuerdo los tres, abandonaron el dominó y la taberna. Salieron a la calle. La noche, nublada y oscura, les infundió un



Hemos dicho que después de los tres valientes lo más notable del pueblo eran los tres cobardes; y daba la casualidad que tenían



forma blanca desapareció como si la hubiera tragado la tierra.

—¡El fantasma!... exclamó Bernardo.

Y Balbino y Basilio, muy agarrados a Bernardo, repitieron a un tiempo:

—¡El fantasma!...

Iban a volverse hacia la taberna, y daban ya la vuelta, cuando, en la ventana de una casa que habían dejado atrás, volvió a surgir, amenazadora, la terrible aparición blanca.

—¡El fantasma!... —volvió a clamar, cada vez más angustiado, Bernardo...

—Pero ¿por dónde ha pasado?... —murmuró Balbino.

—Y ¿por dónde entró en la casa, si la puerta no se ha movido?... —añadió Basilio.

En tal duda estaban los tres valientes, cuando, al buscar el lado de la calle opuesto al de la casa ocupada por la aparición, y al deslizarse uno tras de otro, rozando la pared baja de una huerta, se irguió tras de esa pared el espectro, que ya había abandonado la ventana, y cayeron sobre las respectivas espaldas de Basilio, Bernardo y Balbino tres formidables estacazos, que no tenían nada de fantasmales.

Salieron los «tres bes» corriendo, y no pararon hasta verse de nuevo en la taberna. Entraron, jadeantes, y cerraron la puerta con llave y cerrojo, por dentro.

—¡Hemos visto al fantasma tres veces, y la última nos ha largado unos palos como para hacernos astillas la cabeza!... —declaró Basilio al tabernero...

—Yo no salgo de aquí hasta que sea de día... —resolvió Bernardo.

—Ni yo... ¡Cualquiera va a casa ahora!... —confirmó Balbino.

Y los «tres bes» se tendieron, para pasar la noche, sobre la mesa más grande que había en la taberna. Quisieron dormir, mas no pudieron conseguirlo. Cada vez que el viento hacía temblar las ventanas, creían que era el fantasma que se colaba por la pared. El gato del tabernero, que tenía costumbre de dormir sobre la mesa grande, dió un salto, cayó sobre los tres hombres, que estaban muy juntos, y, asustado, salió bufando... Los tres valientes habían imaginado que las uñas del gato eran las garras del demonio, y se habían incorporado temblando... Luego, una rata, que exploraba el mostrador, empujó un vaso... Más tarde, la carcoma hizo crujir una tabla... Cantó después un gallo... Y cada vez los «tres bes» pasaban un susto mayor... Al fin amaneció, y Basilio, Bernardo y Balbino pudieron volver a sus casas... Hubieran deseado que nadie los viera; pero todas las mujeres andaban ya trajinando, y el pueblo entero supo que los tres valientes no habían pasado la noche en sus casas.

Por el tabernero, que era hablador como todos los taberneros, se enteró la gente de la aventura de los «tres bes» con el fantasma, y el miedo que éste inspiraba se convirtió en pánico.

A todo esto, los tres cobardes, Melindre, Manteca y Merengue, se presentaron al oscurecer de la tarde siguiente en la taberna y pidieron cena.

—Les serviré de prisa —dijo el tabernero— para que se vayan ustedes temprano a casa. Ya saben lo que pasó anoche con el fantasma...

—A mí no me ocurriría otro tanto —replicó Melindre—, porque sé lo que hay que hacer para librarse de los fantasmas...

—Creo que lo mejor es echarles de comer... —insinuó Manteca.

—Ni más ni menos... —afirmó Merengue.

Y resolvieron probar suerte. Compraron en la misma taberna un

poco de miedo. Pero siguieron. Todas las casas estaban cerradas y silenciosas. No se veía una luz ni se oía un ruido por parte alguna.

—Vamos a empezar por el gallinero de Melindre, que es el que está más cerca —propuso Basilio, que había tomado el mando de la expedición.

Y los «tres bes», cogidos del brazo, fueron a tientas, rozando las paredes, en busca del gallinero de Melindre.

No les faltaba mucho para llegar, cuando, de pronto, se alzó ante ellos una misteriosa forma blanca, tan blanca que la vieron a pesar de la obscuridad. Retrocedieron los tres valientes a un tiempo, y la

kilo de jamón, una longaniza entera y un buen embuchado de lomo. Con tales armas, que se repartieron, fuéronse a la calle muy animados. El tabernero atrancó la puerta en cuanto salieron, y pensó:

—¡Estos no lo cuentan...!

Pero al cabo de una hora los «tres emes» llamaron al tabernero desde fuera:

—Abre, que no pasa nada —le dijeron.

Abrió el pobre hombre y vió entrar a los cobardes, sin provisiones ya, pero muy tranquilos y contentos.

—Hemos encontrado al fantasma —explicó Melindre—; nos amenazó con un garrote, pero le echamos el jamón, el embuchado y la longaniza y se marchó con todo sin molestarnos más, ni siquiera para darnos las gracias.

—Entonces —dedujo el tabernero—, lo que tiene ese fantasma es hambre...

—Hambre y nada más... ¡Como que vaya usted a saber los años que llevará sin probar bocado...! —opinó Manteca.

Y Merengue concluyó:

—¡Seguro que no ha comido en todo un siglo...!

Corrió por todo el pueblo el relato de la afortunada experiencia llevada a cabo por los tres cobardes, y se supo también que aquella misma noche el fantasma había aporreado furiosamente las puertas de los «tres bes». Claro está que ni Bernardo, ni Basilio, ni Balbino se atrevieron a abrir, y que al enterarse del ardid empleado con tanta suerte por los cobardes, resolvieron imitarlos, cogiendo cada valiente de su puerta, por fuera, una de las gallinas que habían robado. Con aquel regalo pensaban apaciguar al fantasma que, en efecto, al llegar la noche se llevó las gallinas de los «tres bes», más todo lo que el tabernero y otros vecinos sacaron también a la puerta; pero no molestó a nadie.

Al cabo de algunas noches, los tres valientes creyeron que el fantasma estaría ya saciado, y dejaron de ofrecerle obsequios. Pero inmediatamente volvieron a comenzar los garrotazos en la puerta. Y Basilio, Bernardo y Balbino tuvieron que cederle al fantasma no sólo todas sus gallinas, sino todos los jamones, los lomos y las longanizas que tenían al humo, y todas las provisiones que pudieron comprar mientras les quedó dinero. Cuando se encontraron arruinados, cerraron sus casas, cargaron a la espalda sus respectivos atadidos de ropa y se fueron en busca de otra tierra, donde los fantasmas no estuvieran tan hambrientos.

El pueblo se quedó muy tranquilo, porque nadie volvió a tocar el reloj de la iglesia, ni a cortar las plumas de la cola a los gallos, ni a pintar a los perros, ni a tapar las chimeneas... Y el fantasma, harto ya, sin duda, no volvió a presentarse más.

Pero la misma tarde en que se marcharon los tres valientes, salieron los tres cobardes a dar un paseo por el campo. Cuando estuvieron lejos del pueblo, y donde nadie pudiera verlos ni oírlos, echaron las cuentas de lo que les había producido la venta de las gallinas, de los jamones y de los embuchados, en el mercado de la villa próxima...

—Salimos a cien duros cada uno —declaró Melindre, que repartió el dinero, diciendo:

—Cien duros para mí por hacer el fantasma, en mitad de la calle, con una sábana y una escoba... Cien duros para ti, Manteca, por hacer el fantasma, con otra sábana y otra escoba, en la ventana de la casa desalquilada que está junto a la mía, y de la que tengo yo la llave... Y cien duros para ti, Merengue, por hacer el fantasma, con una sábana y un garrote, detrás de la pared de la huerta y por arrear tres estacazos a los tres valientes que ya dejaron al pueblo en paz.

Y los tres cobardes, luego de merendar con las últimas provisiones recogidas, se volvieron hacia el lugar, despacito y cantando...

ANTONIO G. DE LINARES.



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA
SAN SEBASTIAN
MADRID || BILBAO
BARCELONA || OVIEDO
VALENCIA || VIGO
SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

Siempre las últimas novedades



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

PO R E S A L G A R S

(Continuación.)

—El *sakem* no tiene ya amigos. Cuando marcha por el sendero de la guerra no atiende más que a hacer colección de cabelleras.

—¡Mientes! Caribú Blanco siempre fué leal, y además yo lo he pagado para que estuviese a mis órdenes. ¿Dónde está?

—¡Oh... —exclamó el indio—, puede estar cerca, o lejos!

—Tú debes saber dónde se encuentra.

—Hace tres noches que abandoné su campamento.

—Tú serás un piel roja vagabundo que acaso no perteneces a ninguna de las cinco naciones de las grandes selvas del Canadá. Debes de estar solo.

—¡Oh..., mi hermano blanco se engaña! —dijo el indio—. ¿Es que mi piel no es roja? ¿Es que no llevo el hábito guerrero? ¡Dice que estoy solo...! ¡Te engañas! Detrás de aquel macizo de abedules tengo escondida una escolta que ha de espantarte.

—¡Hum!... —gritó Cabeza de Piedra—. Ya estamos hasta las narices de tus bravatas. Lo mejor que puedes hacer es conducirnos ante el Caribú Blanco.

El indio lanzó al viejo bretón dos miradas relampagueantes, llenas de cólera; acercó después a su boca dos dedos y lanzó un largo silbido.

Inmediatamente cinco gigantescos osos negros, de lucidísima pelambre y bien rehenchidos de grasa, desembocaron del matorral, dejando oír sonoros gruñidos. Ni cadenas ni cuerdas los sujetaban, y avanzaban manteniéndose firmes sobre sus patas traseras.

—¡Qué espléndida colección de osos!... —exclamó Cabeza de Piedra, sin espantarse a la vista de aquella inesperada aparición—. Las patas de esas bestias estarán suculentas bien asadas. Yo me encargo de ello.

Los cinco plantigrados se habían acercado al indio, rodeándolo, como si se preparasen a protegerlo contra cualquier ataque.

Ulric, Petifoque, Wolf y el traficante habían preparado sus carabinas a toda prisa, prontos a empeñar una lucha desesperada, conscientes de tener que habérselas con animales formidables.

El secretario del marqués, que no tenía armas, había cogido un tambor y se había puesto a redoblar furiosamente. Entonces ocurrió algo extraordinario. Los cinco osos, al oír aquel estrépito, se pusieron a danzar en derredor del indio, haciendo grandes reverencias con toda gravedad. Cabeza de Piedra soltó una risotada fragorosa.

—¡Pero si os tengo dicho que los tambores serían nuestra salvación!... —exclamó al fin—. Mirad cómo bailan esas bestias; parece que les gusta la música. ¡Señor Oxford, redoble sin cesar!

El indio rugió furioso y se lanzó hacia el grupo, empuñando su hacha de guerra.

—¡Perros de rostros pálidos —aulló—, me habéis hechizado mis bestias!... ¡Que Wakondah, el genio del mal, os maldiga!

—Cuidado, señor rojo —dijo Cabeza de Piedra, que había enarbolado el hacha a su vez, aunque le hubiera sido fácil deshacerse de su adversario descargando contra él su carabina—; también yo sé manejar esta arma y pegar con fuerza.

—Váyanse los hombres blancos o lanzaré mis osos contra ellos.

—Mira cómo te obedecen...

En efecto, las cinco bestias habían abandonado a su patrón y danzaban en torno al secretario, manifestando su regocijo con largos gruñidos. Aquel tambor, que no cesaba de retumbar, parecía que los hubiese magnetizado. El Aguila Blanca emitió algunos gritos, seguidos de silbidos estridentes, pero los osos continuaban tranquilamente su danza grotesca.

—Estas fieras son nuestras —dijo Cabeza de Piedra—. Mientras tengamos un tambor no nos abandonarán.

—¡Tuyas!... —gritó el indio, con los ojos inyectados en sangre y arrojando espuma por la boca.

—Como ves, no te hacen caso, señor piel roja.

—Porque me los habéis hechizado.

—¿Nosotros?... ¡De ningún modo! Es el tambor que los ha domesticado de repente. Se ve que prefieren la piel blanca a la de color.

El Aguila Blanca levantó el tomahawak e hizo ademán de arrojarlo, pero retrocedió en seguida. Jor y Petifoque le habían apuntado y se preparaban a hacer fuego.

—Vete —le dijo el traficante—. Tú no eres un guerrero del Caribú Blanco, no eres sino un bandido peligroso a quien habrán arrojado de alguna tribu por haber cometido cualquier delito. Vete antes de que mis amigos hagan fuego.

—Soy un guerrero...

—No; eres un bandido que vives en el bosque al acecho de cualquier pobre diablo para escalarlo. Si es verdad que perteneces a la tribu del gran *sakem* de los iroqueses, condúcelo aquí, pues es mi amigo.

—Sí, me voy —gruñó el indio—. Pero dadme antes mis osos.

—No es culpa nuestra que no quieran vivir ya en tu compañía.

Los osos, mientras tanto, se habían senta-

do sobre sus patas traseras y se entretenían en triturar algunos bizcochos que los alemanes les habían ofrecido.

Los redobles de tambor habían cesado. El indio silbó de varios modos, esperando que sus discípulos le siguieran; pero en vano. Por otra parte, allí estaban los tambores para retenerlos.

—¡Ah..., perros de rostros pálidos! —rugió el indio con voz sofocada—. Pronto nos volveremos a ver.

Entróse furibundo en el macizo de abedules, desapareciendo pronto a la vista de los siete hombres blancos. En su pre-



ACABA DE PUBLICARSE
**CHAPETE QUIERE SER
HEROE DE CUENTO**

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Ayuntamiento de Madrid

capitada fuga se olvidó de recoger el viejo fusil que, por lo demás, le serviría de bien poco.

—He aquí una aventura verdaderamente extraordinaria —exclamó Cabeza de Piedra—. Coger así cinco grandes bestias, sin sacar de la empresa un solo arañazo, es cosa increíble.

—¿Y te fías tú de esas bestias? —preguntó Petifoque—. ¿No se arrojarán sobre nosotros cualquiera noche para rompernos las costillas?

El viejo bretón permaneció silencioso. Observaba atentamente a los cinco osos, que terminaban de despedazar los últimos bizcocillos entre gruñidos de satisfacción. Aproximóse a uno, levantó su enorme cabeza y lo miró intensamente.

—¿Qué haces? —preguntó Petifoque—. ¿Quieres que te arranque un brazo?

—Quiero probar si mi mirada es tan potente como la de mi abuelo. ¿No sabes tú que aquel bravo marino, en Juan Mayer, durante una internada en los hielos, consiguió amaestrar no sé si mil quinientos o dos mil osos blancos?

—¿Sólo con los ojos?

Nada más. Mi abuelo, de seguro habrá transmitido a mi padre algo de la extraña potencia de sus miradas, y siendo yo hijo de mi padre, tengo también derecho a...

—A convertirte en un famoso domador en vez de un famoso marinero.

—¡Cáspita...! Mira cómo este animalucho trata de abrazarme y de lamerme. Lo he fascinado de golpe. Ahora sí que creo en la historia de mi abuelo, que tanto dió que hablar en Brest y en Caneale.

—Tened mucho cuidado, maestro —dijo el señor Riberac—. No hay que fiarse de esas bestias.

—Al indio no se lo han comido. Ea, Nico, abre bien los ojos y mírame.

El oso sacudió la cabeza, sopló al rostro del bretón un hálito caliente y fétido y se puso a gruñir y a alargar las patas, como si quisiera abrazar a su nuevo patrón.

—¡Qué cariñoso es! —dijo Jor, manteniéndose, no obstante, a prudente distancia—. El maestro puede confiar en sus ojos, como el señor Oxford en su tambor. Ya no hay que inquietarse.

Cabeza de Piedra se acercó a los otros osos, mirándolos fijamente a su turno y haciendo con las manos gestos extravagantes, y los canadienses y los alemanes no pudieron contener exclamaciones de asombro. También los otros cuatro plantigrados se habían levantado y se agrupaban apretadamente en torno del viejo bretón, haciéndole torpes reverencias y tratando de acariciarlo con sus patas armadas de gruesas garras, bastante largas, aunque limadas. El quinto le había abrazado e intentaba lamerle el rostro, gruñendo sumisamente.

—¡Calma, calma!... —gritó el viejo cañonero, que no estaba muy seguro de la potencia de sus miradas magnéticas, y miraba con cierta inquietud aquellas bocazas enormes, perrechadas de dientes amarillentos, de más de dos pulgadas de longitud—. ¡Basta por ahora!... Señor Oxford, tocad algunos redobles.

Iba a coger el aludido su tambor, cuando se vió a los cinco osos ensanchar el cerco y ponerse como a escuchar.

—Eh, Cabeza de Piedra —dijo Petifoque—. Dejemos esta compañía poco de fiar, y escapemos. El indio nos va a jugar una mala pasada. ¡Al diablo sus ojos!

El bretón rascóse la cabeza, diciendo:

—Me parece que tienes razón. ¡Escapemos!

CAPÍTULO VIII

UNA NOCHE INFERNAL

Los siete hombres cargaron con tambores y cajas, y aprovechando el momento en que el vendabal reanudaba sus furiosos, haciendo caer las hojas de los grandes pinos, echaron a correr con la esperanza de que los osos no les siguieran o se volvieran hacia el macizo de los abedules para reunirse con su primer patrón.

Esperanza vana. Los dóciles animales, tras una breve vacilación, se lanzaron en seguimiento del grupo, emitiendo gruñidos poco tranquilizadores. Corrían como caribús, y en breve dieron alcance a Cabeza de Piedra, que cubría la retirada, confiado aún en la influencia de sus miradas.

—El indio intenta sorprendernos —dijo Jor—. Estoy seguro de que nos sigue y no pierde de vista a sus animales.

—También lo creo yo así —dijo Riberac—, y me parece que debiéramos hacer algún disparo.

—¿Y si se irritan? —dijo el bretón—. ¡Por todos los campanarios de Bretaña..., son muchos!...

—Padre —gritó en aquel momento Ulric, que corría delante de todos, llevando a hombros una de las cajas—. Yo heper descubierto un otro refugio...

—Y el tronco no es menos grueso del que antes nos sirvió de albergue —añadió Wolf.

—¿Otra caverna leñosa?

—Sí, padre.

—¿Vasta?

—Aquí caper pien feinte hombres.

—Entonces hay sitio también para los osos —indicó Petifoque.

—¡Ah, no los dejaremos entrar! —dijo Riberac.

El buen tudesco se había detenido ante un pino diferente de los demás. Era una soberbia lambertina, de unos trescientos pies de altura, con el tronco hendido por su base. En torno a él se veían por el suelo centenares de frutos cónicos, de pie y medio de longitud, al parecer caídos del árbol, y llenos de almendras muy nutritivas y agradables después de asadas. Los indios las maceran también para obtener una especie de harina, que codimentan con el tocino de los osos.

—¡Qué colosal!... —exclamó Cabeza de Piedra, después de rechazar con la culata de su carabina a los cinco plantigrados, que por momentos se volvían agresivos.

Sus compañeros se habían refugiado ya en el interior del gigantesco árbol, que ofrecía un asilo bastante más amplio que el utilizado por Jor cerca de la orilla del lago. También el nuevo albergue se encontraba cubierto de polvo leñoso que desprendía un penetrante olor a resina, saludable, si, pero molesto para hombres cuyos pulmones estaban habituados al aire del mar, mucho más vivificante y nada desagradable al olfato. Las aguas y el viento habían arrastrado gran parte de aquellos residuos, expulsándolos poco a poco de la hendidura, de modo que quedaba bastante espacio para establecer un buen campamento.

—Decididamente nos protege una buena estrella —dijo Cabeza de Piedra, después de haber arrojado los tambores ante la cortadura, la cual, aunque muy alta, tenía una anchura apenas capaz para permitir el paso de dos hombres a la vez—. Este excelente asilo nos viene muy a propósito, pues el huracán vuelve a hacer de las suyas.

(Continuará en el número próximo.)



LEED LA DIVERTIDÍSIMA AVENTURA
PINOCHO CAZA UN LEON
DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
QUE ACABA DE PONERSE A LA VENTA
EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALIEIUYAS DE LAS CABEZAS DOBLES

1



1
Ay de mi, que desdichada
Tengo cara de empanada
Tengo mucho de poeta
Pues no veo una peseta

2



2
Doy lecciones de flautin
Soy chino y vivo en Pekin
Soy una dama importante
En la gran ciudad de Ganle

3



3
Soy una pobre infeliz
Que tiene fea nariz
Tu ves lo gordo que estoy
Vuelveme, verás quien soy

4



4
Ves que un payaso yo soy
Al volverme un cambiodoy
A pesar de mis bigotes
Solo se escribir palotes

5



5
Tengo el cuero cabelludo
Lo mismo que un felpudo
Ami me cambia cualquier
Con este aspecto de fiero

6



6
A mi este diente de abajo
Me hace comer con trabajo
Tengo un diente, ¡si señor!
En la parte superior

7



7
No me vuelvas, valgo mas
Que lo que despues verás
Si de este no te he gustado
Mirame del otro lado.

8



8
De parecerme no acabo
Al Rey Enrique, el Octavo
¿Has visto que vanidoso
Dice que es un poderoso

9



9
Mi hermosa barba rizada
Al revés verás cambiada
Bello pelo ensortijado
Este señor me ha dejado

10



10
Si mi perfil te ha gustado
Vuelve me del otro lado
Fíjate bien como fumo
Y lo que bago con el humo

11



11
Soy mono, yote lo explico
Al volverme te doy mico
Ni soy fea ni bonita
Ni vieja, ni jovencita

12



12
Siempre el niño halazanes
Lo que yo soy al revés.
Un burro soy, no lo niego
Pero un hombre sere luego

¿SABÉIS POR QUÉ...?

DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

¿POR QUÉ SE MANTIENEN DERECHAS LAS BICICLETAS?

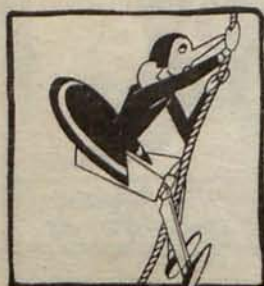
He aquí uno de mis placeres favoritos: la bicicleta, montar en bicicleta. Pero como todo placer, éste de montar en bicicleta tiene, a su vez, su contrariedad. La bicicleta no puede mantenerse en pie, derecha, si no está en movimiento. Parada, como no la sostenga alguien, la bicicleta cae al suelo. Convendrás conmigo en que ello es una pena. ¿Pero por qué, me han preguntado, se mantiene derecha una bicicleta? Es fácil la contestación. Una bicicleta no se mantiene en pie por sí sola como no esté en movimiento. También la rueda, el aro de un niño, no se mantiene en pie, derecho, como no esté andando, rodando. La causa de ese equilibrio hay que buscarla, en este caso, en las leyes del movimiento, que descubrió un sabio matemático inglés, llamado Newton. Y las leyes relativas a aquél nos dicen, entre otras cosas, que un cuerpo puesto en marcha seguirá mo-

viéndose en la misma dirección, continuamente, con igual velocidad, mientras otra fuerza no se oponga a ello. Aquí está, precisamente, la razón de la estabilidad de la bicicleta. Esta, como el aro, es un cuerpo puesto en movimiento, que camina en una misma dirección y que seguirá así, directo, si otra fuerza no se opone a ello. A veces voy en bicicleta, tuerzo mi cuerpo, vario la dirección de la máquina, y si no consigo otra nueva dirección, caigo al suelo. La fuerza de todo mi cuerpo hace caer el aparato al oponerse al movimiento y dirección que llevará sus ruedas.



En otras ocasiones, una piedra, el menor obstáculo, quebranta aquella dirección y aquel movimiento, y como sólo a éste, al movimiento, se debe el equilibrio de la bicicleta, ésta cae indefectiblemente.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUEESO



ACABA DE PUBLICARSE
**PINOCHO EN EL CENTRO
DE LA TIERRA**

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
PEDIDO EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

EL NICTIPITECO

¿No le conocéis?

Pertenece a la familia de los monos y vive en las selvas del Brasil.

Vive de noche, pero no por mal hábito, sino porque a esas horas se dedica a su trabajo, que es el de artista de varietés.

Me explicaré: el nictipiteco imita las voces de los demás animales y es muy aplaudido por este trabajo.

En la selva es elogiadísimo, y los días que actúa sobre la copa de un árbol, nadie oye al ruisñor ni al papagayo, que son los que le podían hacer la competencia.

Pero vamos a nuestra historia, que es lo que importa.

Había un mono envidioso de los éxitos de ventrílocuo de su pariente el nictipiteco. Desde que éste actuaba, ya nadie se fijaba en él ni le aplaudía al dar la triple vuelta colgado del rabo en la rama de una palmera.

Como la envidia es mala consejera, pues le aconsejó lo peor que le podía aconsejar y lo que más podía herir el amor propio del imitador de animales.

Acudió a la función y se colocó en primera fila. Una salva de aplausos atronadores acogió al célebre nictipiteco, que se despedía aquella noche por estar contratado en otras selvas que deseaban oír su perfecto trabajo.

—Respetable público: estoy dispuesto a hacer las imitaciones que me pidan...

Entonces dijo el mono envidioso.

—¿Cómo hace el gato?

El gato maulla así: ¡Miaul, ¡miaul

—¡Bravol ¡Bravol

—¿Cómo hace el perro? —dijo el mono envidioso.

—El perro ladra: ¡Guau!, ¡guau!

—¡Muy bien!

El público aplaudía unánimemente; pero el mono envidioso tenía bien preparado su plan.

—¿Y el jaguar? ¿Cómo hace el jaguar?

—El jaguar brama...

Y bramó tan maravillosamente que el público le dió una ovación atronadora.

Entonces, el mono envidioso dijo:

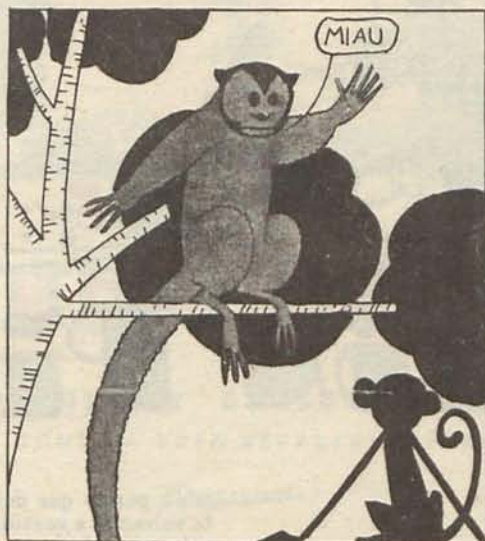
—¿Y el nictipiteco? ¿Cómo hace el nictipiteco?

—¡Oh, no sé! ¡No sé cómo hace

el nictipiteco! No me acuerdo.

—Entonces, si no sabes cómo tienes que hacer tú, ¿por qué te metes a imitar a los demás?

Se produjo un gran revuelo. El público pedía que le devolviesen el dinero y entonces, el nictipiteco, abrumado por aquel fracaso, se tiró de lo alto del árbol y se clavó una piña en la cabeza.



ALLÁ VA LA CIGÜEÑA

Vivía en lo alto de la torre de la iglesia, sobre un nido redondo, tierno y mullido con un almohadón. A veces se la veía sentada, asomada al borde del nido, como si hubiera abajo procesión. Otras veces, de pie, sobre los dos juncos de sus patas, miraba al horizonte lejano como si lo fuera a alcanzar con su pico largo, largo.

También, otras veces, arrancaba en un vuelo tranquilo, dejándose atrás sus dos patas rojas.

Todo el pueblo quería a la cigüeña porque todo el pueblo le estaba agradecido.

Todos le habían pedido hijos a la cigüeña, y la cigüeña, no bien recibía el encargo, volaba y subía a lo más alto a buscarlos, y volvía ya anochecido, con el niño en el pico.

Así un día y otro, y un año y otro. A todas las casas había llevado niños y niñas, y luego los niños y las niñas habían crecido, se habían hecho muchachos y después hombres y mujeres.

Y la cigüeña, siempre arriba, sobre la canasta de su nido, recibía los encargos y los cumplía eficazmente. Desde arriba, ¡había visto a las campanas repicar tantas veces en tantos bautizos, agitándose como faldas de una bailarina maestra!

Al cabo de los años, la cigüeña se había vuelto un poco torpe. Además, se decía que estaba reumática.

Pero peor era su torpeza, que la hacía cometer equivocaciones lamentables.

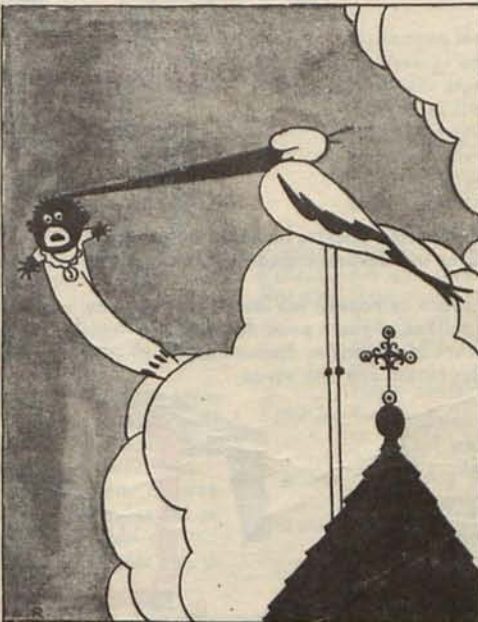
Se daba el caso, últimamente, de que llevaba una niña a la casa donde habían encargado un niño, y al revés. Menos mal que esto se remediaba pronto, porque como los niños que traía la cigüeña eran monisimos, los papás se conformaban con el cambio de sexos.

Fué peor lo del sargento de la Guardia civil, al que, en vez de un niño, trajo tres de un golpe, y al pobre hombre le tuvo que subir el sueldo el gobierno para que los mantuviera.

Pero lo peor fué lo del estanquero, que encargó un niño, y la cigüeña, distraída, le trajo un muñeco de trapo, por equivocación.

Y todavía peor fué lo del juez, que encargó una niña y la cigüeña le trajo una butaca de mimbrés, y hasta que se dieron cuenta, estuvieron dando el biberón, cantando y meciendo a la butaca, a la que habían llamado Paquita.

Un día, la cigüeña, la vieja cigüeña, se fué y no volvió. Le habían encargado un niño y vieron venir a otra cigüeña nueva que lo traía y que se quedó en lo alto de la torre, abriendo las tijeras de su pico largo, largo...



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

LAS CHARLAS DE PIRULA

(Mariquita está invitada a comer.)

Mariquita está orgullosísima: por la primera vez de su vida ha sido invitada a comer, ella sola, ni más ni menos que una señorita mayor, en casa de unos amiguitos suyos..., es decir, de los papás de sus amiguitos, se entiende.

Antes de salir, en compañía de la doncella, Mariquita escucha las recomendaciones de su mamá:

—No comas demasiado; no pidas nada; no hables hasta que te pregunten; sé buena...

—Ya puedes estar tranquila, mamá.

Mariquita es una invitada modelo, de una educación insuperable; ella abandona la última cucharada de sopa porque sabe que está muy feo inclinar el plato soper para recogerla; no hay cuidado de que corte el pan con el cuchillo, o cometa cualquier otra incorrección por el estilo; además, come con su boquita herméticamente cerrada; y para mondar la fruta, utiliza el tenedor de postre, con tal destreza, que, al terminar, tiene los deditos tan limpios como si se los acabase de lavar.

Pero, ¡ay!, precisamente, al terminar, ha surgido un leve incidente: Mariquita, al quitarse la servilleta, la ha doblado con esmero y simetría, y entonces, el niño de la casa, un tal Pedrin, verdadero diablillo travieso, que goza con hacer rabiar a las niñas, le ha dicho en son de burla:

—Vaya, Mariquita, veo que te ha gustado la co-

mida, puesto que doblas la servilleta para indicar que deseas que te volvamos a convidar.

La mamá le ha regañado severamente, y le ha dicho que «está muy feo dar lecciones a los invitados»; pero al mismo tiempo, Mariquita, ha creído sorprender, en los labios de la mamá, una leve sonrisa, y la pobre está preocupadísima:

—¿Qué habrá querido decir ese endemoniado Pedrito, con su retintín? se pregunta angustiada.

Y cuando vuelve a casa, le falta tiempo para contárselo todo a su mamá, y mamá se muerde los labios:

—Yo tengo lavculpa —murmura—; se me olvidó advertirte, hija mía, que la servilleta debe dejarse sin doblar.

—¡Cómo! —protesta Mariquita— ¿Pues no me estás recomendando siempre, mamita, que la doble y aun que la guarde en el sobre que he bordado, según el modelo presentado por Pirula (1).

—Cierto —contesta mamá—, pero eso es en familia solamente; en casa ajena, el doblar la servilleta es una incorrección, que parece solicitar un segundo convite, como ha dicho Pedrito con mala idea, quizá... pero, desde luego, con razón.

Nunca se olvidará el amor propio de Mariquita de esta pequeña aventura y de su enseñanza, y como era el único detalle que le faltaba para ello, desde entonces es una niña tan correcta en sociedad como... como vosotras, pongo por caso de niñas bien educadas.

(1) Véase el número 13 de PINOCHO.



PIRULA BORDADORA

(Camino de mesa.)

Pequeña tragedia doméstica: sobre el mantel, recién puesto, ha caído una mancha de café. ¡Estos niños son tan traviosos! ¡Y papá es tan despreocupado! ¡Y tan torpe la doncella!

Ama de casa insuperable, mamá sabe cuán pronto estropean los lavados demasiado frecuentes la ropa de casa, de que está tan orgullosa, y gusta poco de mudar el mantel a cada comida. Un camino de mesa salvará la situación, disimulando la mancha inoportuna y aun adornando y alegrando con sus vivos colores todo el comedor.

Por eso le encanta a mamá tener muchos caminos de mesa; por eso y también porque le permiten lucir, sin dejarla desnuda, la mesa, cuya hermosa madera sería lástima que ocultara un tapete.

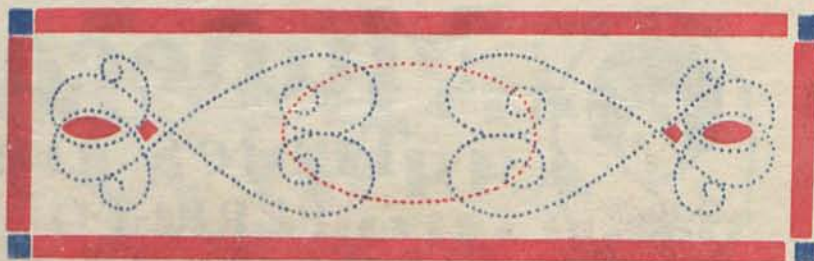
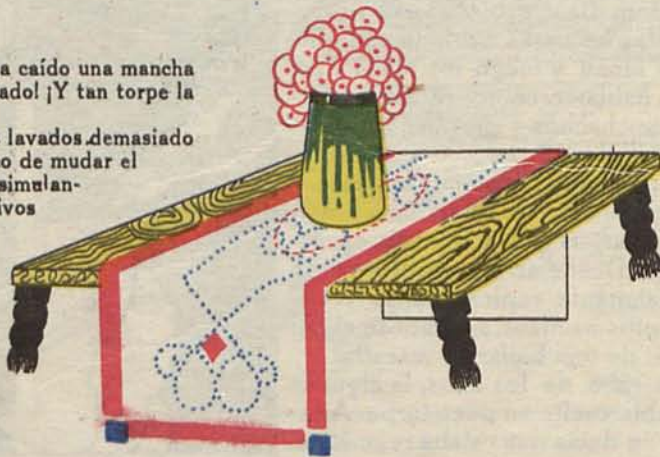
Y como mamá tiene una hijita modosa y aplicada, los caminos de mesa y toda suerte de labores primorosamente bordadas, abundan en sus armarios.

Ahí va uno más: la cenefa de la orilla es de tela, recortada y cosida con un pespunte a máquina, que puede ser de otro color y constituye un adorno.

Los dibujos del centro están hechos con bodoques en dos tonos: azul marino y kaki, o salmón y verde, por ejemplo.

—¡Uy! ¡Bodoques! —exclamaréis, sin duda—. ¡Precisamente lo que peor «me sale»! ¡Y con el trabajo que cuesta «sacarlos» redondos!

Pues precisamente por eso se me ha ocurrido este dibujo; porque después de terminado el camino de mesa, habréis adquirido en la ciencia de bordarlos tal experiencia, que os sentiréis con ánimos de llenar de bodoques perfectos, no ya un camino, sino... ¡una carretera!





EL TEATRO DE PINOCHO

PINOCHO, PIRULA Y EL SEÑOR POLICHINELA

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE.

(Continuación.)

PINOCH. ¡Oh!, señor Polichinela, si hubiéramos sabido que nuestro visitante era todo un muñeco, y casi tan popular como nosotros, le hubiéramos recibido en seguida.

PIRULA. ¡Claro! Pero como creíamos que no era más que una persona...

PINOCH. ¿Y qué es de su vida, señor Polichinela, desde el tiempo que hace que no se le ve?

PIRULA. ¿De dónde viene?

PINOCH. ¿Dónde vive?

PIRULA. ¿Qué se hace?

PINOCH. ¿A qué ha venido?

POLICHI. Hablando con énfasis pedantesco. Ilustre Pinocho, sabía Pirula, os expondré el motivo que me ha impulsado a acudir en busca de vuestra ayuda hacia estas regiones terráneas.

PINOCH. ¡Caramba!, señor Polichinela, ¡qué bien habla usted!

POLICHI. Cierito que vocabulizo...

PIRULA. Vocabu... ¿qué?

POLICHI. Vocabulizo, manejo los vocablos con sorprendente elegancia. Y es que habéis de saber que en Guinolandia, mi país, tengo puesta una escuela.

PIRULA. ¡Uy, qué gracia! ¡El señor Polichinela, maestro de escuela!

PINOCH. ¡Mi enhorabuena!, digo, ¡mi enhorabuena!

PIRULA. ¡Hay que ver la de cosas que aprenderán sus alumnos!

POLICHI. Con acento lúgubre y desesperado. Has puesto, Pirula, el dedo en la llaga de mi alma. Mis alumnos no aprenden nada; mis alumnos, antes sumisos y aplicados, se han tornado, y aun trastornados, de algún tiempo a esta parte, indisciplinados y extravagantes, hasta el extremo de que mi escuela, antaño templo de la ciencia y la disciplina, lleva camino de convertirse en una casa de locos, al menos de loco, que eso es lo que yo acabaré por volverme si no me prestáis la luz, tú, gran Pinocho, de tu inteligencia, valor, bondad y perspicacia detectivesca. Pinocho se inclina. Y tú, Pirula, de tu gracia, sabiduría y simpatía. Pirula hace una reverencia.

PINOCH. Con énfasis. Explíquenos, señor Polichinela, lo que le acontece, pues estamos boquiabiertos y anhelantes... Aparte. ¡Caramba!, me he contagiado. Recobrando su tono habitual. Bueno, díganos lo que le pasa y en qué podemos servirle.

POLICHI. ¡Oh glorioso Pinocho! ¡Oh sabia Pirula! Sólo, en vosotros confío para curar a mis alumnos descarriados del camino del deber escolar, de las funestas pasiones que corroen sus cerebros de madera, porque, de seguir así, yo

tendré que cerrar mi escuela y entonces os juro que me rompo, haciéndome saltar la tapa de las jorobas.

PIRULA. ¡Cielos! Señor Polichinela, no se ponga usted trágico que me está usted metiendo el corazón en un puño, y las muñecas no tenemos lágrimas para llorar.

PINOCH. Muy serio, muy en detective. Vámonos por partes. Coge su pipa de encima de la mesa y se la mete en la boca; luego saca de su bolsillo un cuaderno y un lápiz y se dispone a escribir. ¿Los nombres de los interfectos?

POLICHI. Mis alumnos responden —pero solamente cuando se les llama— a los nombres respectivos de Pierrot, Arlequín y Colombina.

PINOCH. Apuntando. Pierrot, Arlequín y Colombina. Prosigue el interrogatorio. ¿El llamado Pierrot es, si no me engañan mis recuerdos, un joven pálido y vestido de blanco, que toca la mandolina a las mil maravillas y compone versos a la luna con singular perfección?

POLICHI. Llorando con desconsuelo. ¡Ayl, eso era antes, cuando Pierrot se llevaba todos los primeros premios en música y literatura. ¡Pero hoy...! He aquí la primera parte de mi tragedia: hoy ya se ha dado a la «T. S. H.» con tal ahinco que se pasa las horas, ¿qué digo las horas?, los días, ¿qué digo los días?, la existencia entera radioescuchando tangos lánguidos y horarios de la torre Eiffel.

PIRULA. Aterrada. ¿Pero es posible?

PINOCH. Apuntando impasible. «Pierrot, radioescucha.» Prosigue. En cuanto al llamado Arlequín, creo recordarle como uno de los muñecos más listos e ingeniosos del mundo.

POLICHI. Redoblando sus sollozos. ¡Ya no! Y ésta es, de de mi tragedia, la segunda parte: ¡Hoy todo su ingenio se le ha refugiado en los pies! Lo único que sabe de idiomas extranjeros es decir «match» y «goals», y en Geografía no pasa de Zamora.

PINOCH. Apuntando. «Arlequín, futbolista».

PIRULA. ¿A que va a resultar que la única aplicada es Colombina?

POLICHI. Triplicando sus sollozos. Aplicadísima, sí; pero no en la escuela —y de mi tragedia voy a decirlos la tercera parte—, sino en el cine, hasta el punto de que no quiere estudiar, afirmando que para impresionar películas no necesitará nunca saber hablar correctamente... ni de ninguna manera.

PINOCH. Apuntando. «Colombina, peliculera. Cierra su cuaderno y lo guarda en el bolsillo con el lápiz. Luego se quita la pipa de la boca y medita un momento; luego declara: El asunto me interesa.

PIRULA. ¡Ya puede usted alegrarse, señor Polichinela! Ha dicho Pinocho que le interesa el asunto.

POLICHI. Con esperanza. ¿Será posible, gran Pinocho, que consientas en iluminarme con el resplandor de tus consejos?

(Continuará en el número próximo.)



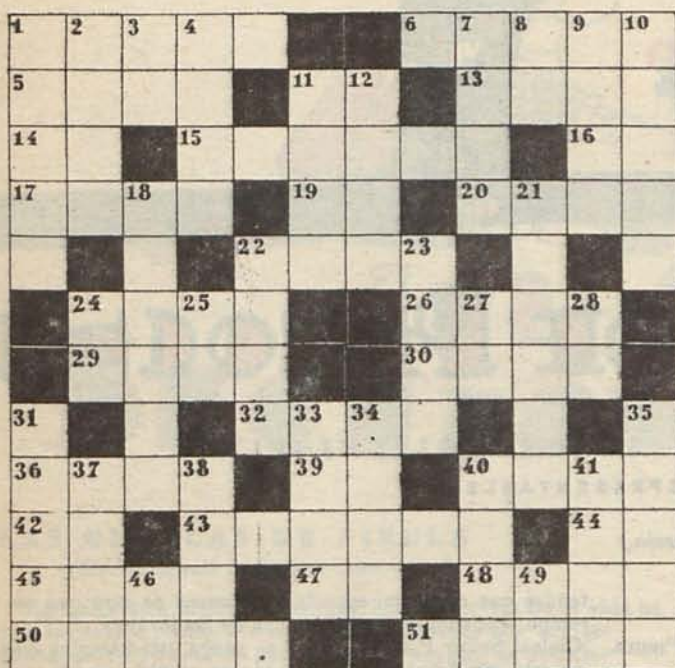
Lee las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocho



CONCURSOS

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA



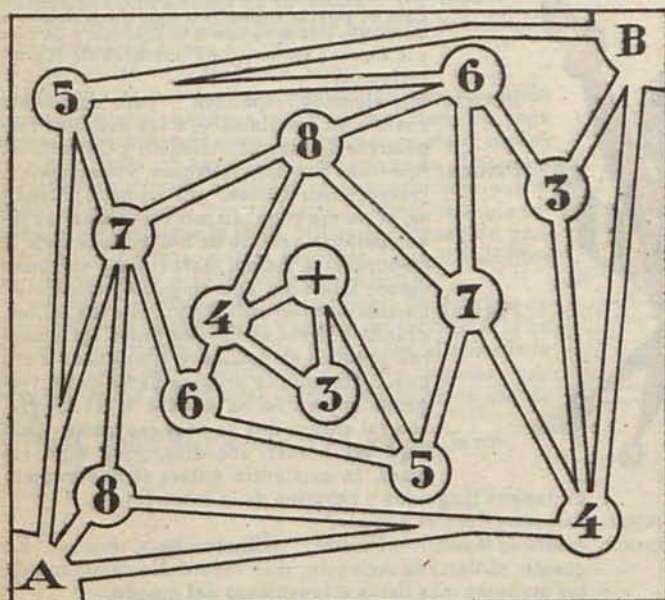
LISTA DE INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Extremidades.—6. Dios.—5. Mover tierra.—11. Palabra latina.
13. En Galicia.—14. Nota musical.—15. En Pinocho.—16. Acusativo.—17. Del soldado.—19. Dativo.—20. Droga.—22. Cinegético.
24. Azul.—26. Mamífero.—29. Hierba.—30. Payaso.—32. Parte de peso.—36. Pez.—39. Afirmación.—40. En la piel.—42. Planta.—43. En Pinocho.—44. Palabra latina.—45. Fuerza vital.—47. En la baraja.—48. Embutido.—50. Lo hará el ratón.—51. Unir tela.

VERTICALES

1. A un melón.—2. Rezar.—3. Artículo.—4. Instrumento musical.
8. Escuché.—9. Tiempo de verbo.—7. Barco malayo.—10. De hueso.
11. Nombre de mujer.—12. Fruto.—18. En Pinocho.—21. Héroe de cuento.—22. Nombre de pueblo.—23. Caja.—24. Exclamación.—25. Marchar.—27. Artículo.—28. Final de aumentativo.—31. Probar.—33. De molino.—34. Estás alegre.—35. De automóvil.—37. Fundador de Asiria.—38. Arrojar.—40. Cabello.—41. Del verbo remar.—46. Acusativo.—49. Pronombre.



LABERINTO NUMERADO

Fijate bien, amable «pinochista». Te ofrezco un entretenido laberinto, que sabrás atravesar sin dificultad alguna. Saldrás del punto B con dirección al punto A. Tienes que pasar por la cruz que ocupa el centro del laberinto. En el camino que media entre el punto B y la cruz tocarás una serie de números, los cuales, como verás, están repetidos en el laberinto. Pues bien: al salir de la cruz para continuar el camino hasta el punto A tocarás también nuevas cifras, semejantes a las atravesadas anteriormente. Es decir, si desde el punto B hasta la cruz, pasando por entre las líneas que señala el camino, has encontrado los números 3, 5 y 7, por ejemplo, también desde la cruz al punto A deberás tocar idénticos números 3, 5 y 7, sin pasar por el camino ya cruzado. Todo esto es fácil, ya que los números se hallan repetidos en este laberinto. ¿Entendido?

A NUESTROS CONCURSANTES

Admiramos el entusiasmo, cada vez más grande, que ponen todos los lectores de PINOCHO en los pasatiempos de palabras cruzadas.

Para esos entusiastas, que tan acertadamente solucionan nuestros problemas, creamos un premio extraordinario, que nada tiene

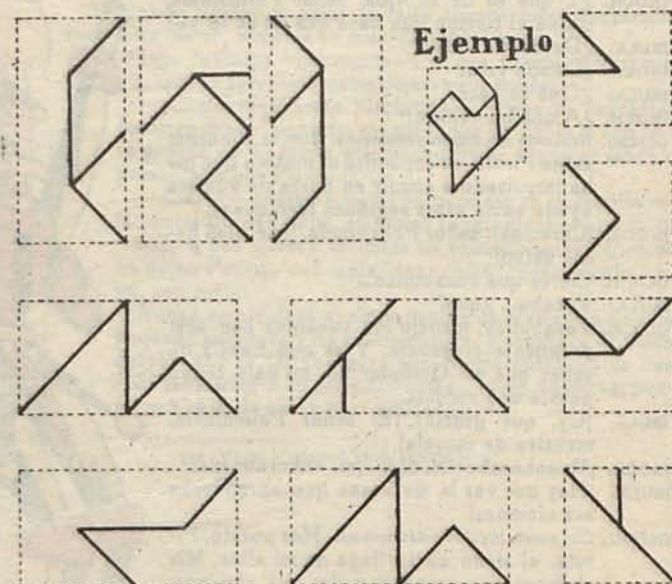


FIGURA GEOMÉTRICA

Unid estos cuadrados de puntos de manera que coincidan las líneas negras, y así formaréis una figura geométrica. En el ejemplo os damos la manera de unir los cuadrados y una parte de la figura que habéis de formar.



Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 15

◆ ◆ ◆ Colaboración infantil

¡Ahl, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

“Concursos PINOCHO”

Ayuntamiento de Madrid

CUPÓN 15

◆ ◆ ◆ Concursos PINOCHO

Primera serie de Concursos.

ACCÉSITS

Continuación de la lista de pinochistas premiados en el primer Concurso.

Joaquín Castañeda (Madrid), Pablo Martín Peralá (Toledo), Emilio de la Torre (Jaén), Fernando de la Puente (Valladolid), José María Laviña (Madrid), Carmen Muñoz Montoro (Madrid), Antonio Robles (Escorial, Madrid), Luis Cuenca (Madrid), César Cánovas Grada (Torrevieja), Eloisa Gámez (Ciudad Real), María Luisa San Miguel (Infesto, Asturias), Luis Massa (Oviedo), Luisito Ramón (Madrid), Jaime de la Torre (Madrid), Anita Arias Navarro (Valencia), Miguel Ángel Praver (Madrid), Luisa Álvarez Esquerdo (Madrid), Sixto Botella (Madrid), Antonio Vildásola (San Sebastián), Carlos Quesada (Madrid), Enrique Gijón Lázaro (Madrid), David y Maravillas Arraiza (Pamplona), José Cano de Santoyana (Toledo), Eugenio Muñoz G. (Toledo), Arcadio Vilela Garate (Coruña), Carmen Bonell (Bilbao), Augusto Falces Izurategui (Barcelona), Eugenio Arce Praver (Málaga), María Luisa Sánchez Toro (Melilla), Fernando y Cristóbal Colón (Madrid), Ramona Beraso (Madrid).

Conchita Arias (Santander), Angel Carlier (San Fernando), Anita Casaviejo De Bel (Lugo), Eduardito M. de Salinas (Haro, Logroño), Anunciación Pérez González (Madrid), Pilar G. de los Ríos (Santander), Arturito Arias Bartolozzi (Gijón), Antonio Santos Morera (Barcelona), Ignacio Aguirre Istúriz (Bilbao), Gasull Villena (Reus), Lorenzo Simón Moretón (Salamanca), María Teresa Biachi (San Sebastián), Josefina Bilbao (Málaga), Julián Alabart (Barcelona), José Manuel Abaurre (Sevilla), Augusto Abelenda Sotomayor (Vigo), Teresita de la Cierva (Madrid), Pilar Escudero (Zaragoza), Alfonso Echazarreta (San Sebastián), Rafael García Marzal (Barcelona), Trini y Carmen Gross (Málaga), María del Carmen Abaurre (Salamanca), Matías Jiménez (Estepona), José Mary Jove Avechau (Oviedo), Carmen Keller (Madrid), Mercedes Orella (Vitoria), Jaime Barco Sagasta (San Sebastián), Antonio Hernández Salgado (Tenerife), Eusebio Rodríguez Machado (Tenerife), Elvira Romá (Vigo), Ramón Roquer (Gijón).

Saturnino Serra (Valladolid), Manuel Troyano Millá (Sevilla), Antonio Cueto Hernández (Badajoz), María Tello López (Cádiz), Blanquita Taboada (Orense), Adelina Villarejo (Ferrol), Luis Martínez Ordóñez (Badajoz), Emilio Martínez (Mahón), José Martínez (Madrid), José Luis Fernández Pozo (Estrada), Candelitas Martínez

(Vilviestre del Pinar), María y Luisa Carvajal (Valladolid), V. Hernández (Barcelona), Orestitos Cendrero Curiel (Santander), Angela, Mercedes y Carmen Polanco (Cuenca), Jaime Botana Rofoma de Pazos (Vigo), Fernando Gutiérrez y Roque Riera (Barcelona), Pedro Andreu Pérez (Génova), Alfonso Troya Villarejo (Badajoz), Rafael Rodríguez (Sevilla), Arturo Collado (Albacete), Enrique Conte y Cortés (Madrid), Victorita Churruca (San Sebastián), Matilde Cabello (Málaga), Francisco Díaz Carratalá (Madrid), Miguel Dóriga (Santander), Josefina Lucio (Barcelona), Adolfo Escuder (Zaragoza), Joaquín Escolar (Sevilla), José Luis Figuerola Vázquez (Salamanca), Emilio Fernández (Valladolid), Agustín García y García (Santander), Luis Herrero y Herrero (Santander).

Cándida Irigoyen (San Sebastián), María del Rosario Iturrigüe (Madrid), Venancio López de Ceballos (Barcelona), Juan Ignacio Lizárraga (Badajoz), Manuel López Aparicio (Osuna), Luis Lomo (Tetuán), Rafael Manrique de Lara (Madrid), Antonio Buzo Gómez (Oviedo), Gerardo García-Briz Pérez (Barcelona), Rosario Nogales (Huelva), Ernesto Laza Salgado (Las Palmas), Ricardo Nieto (Orense), Antonio Pardo (Zaragoza), José Quesada Gárate (Pamplona), Antonio Orellana Romá (Barcelona), Juan Carlier Aria (Melilla), Antonio López Esteban (Mahón), Casimiro Botella (Málaga), Rosita Bendala (Ceuta), José Bartee (Valencia), Juan Bautista (San Sebastián), Alvaro Arranz Abellanz (Madrid), María Luisa Ageito Soler (Puebla Caramiñal), Alfonso Apolinar (Segovia), Rafael Alonso Alcalde (Valladolid), Maribel Carranza (San Sebastián), Andrés Charly (Huesca), Augusto Mengot Solis (Valencia), Pedro López Ramudo (Tenerife), Antonio Nogales Alcántara (Zaragoza), Santiago Bueno Cueto (Santiago), Roberto Dionis (Valencia), Alberto Ayala Santos (Zaragoza), Leovigildo Espada (Madrid), Antonio López Riera (San Sebastián), Pedro Garrido Mallán (Teruel), Antonio Villarejo España (Barcelona), Julio Arrieta Estrada (Córdoba), Mercedes Gómez (Málaga), Pedro Rodríguez Mellado (Jaén), Antonio Arce Falces (Valladolid), Esteban Lázaro Cuenca (Albacete), Marichu Lazárraga (Alicante), Mercedes Gámez y Gámez (Oviedo), Carola Márquez Arraiza (Sevilla).

La lista de premiados continuará en el número diez y siete.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

Luis Lomo. (Tetuán).—Tu dibujo está bien, muy bien dibujado. Se publicará *querido Lomo*.

M. Heras. (Madrid).—También tú Micifú, en llegando su hora, saldrá en las páginas de PINOCHO, maullando.

Lola Blasco. (Madrid).—Estamos convencidos, seguros de que has «visto» muy bien, por tus propios ojos, a tu amiga Pirula. Esta, que ha contemplado su retrato, el que tú le has hecho, ha concedido de buen grado el que se publique. Desde aquí te remite afectuosos recuerdos y mil expresivas gracias.

Fernando Blancid. (San Sebastián). Muy bonito. Se publicará, amigo Fernando.

Sara Espolita.—También los tuyos, tus preciosos dibujos, saldrán en la revista. ¿Te alegras?

Juan Mediavilla.—¡Cuánto lamentamos que tu historieta haya llegado emborronada, confusa, invisible! Procura para otra ocasión, claridad, limpieza en las líneas. Sobre todo limpieza, que es madre de la higiene, prima hermana de lo bonito y amigable, en todas las ocasiones, de las buenas obras.

Viti, Menchú y Tuqui. (Avila).—Encantadora Viti, admirable Menchú, deliciosa Tuqui: vuestras historietas saldrán, aparecerán en PINOCHO. Pirula os envía un cariñosísimo saludo, seguido de una felicitación.

Arturo Grien. (Alicante).—Publicaremos algunos de tus chistes. Algunos de ellos, a decir verdad, los conocemos de vista, nada más que de vista; pero los conocemos.

Edith y Jemuy Müller. (Madrid).—Encantadores vuestros apuntes, tomados en la Castellana. Saldrán, aparecerán en vuestro querido PINOCHO.

Juanito Díez Escolano. (Madrid).—Tienes ingenio, no podemos ponerlo en duda. Con algo más de paciencia conseguirás hacer, querido Juanito, cosas extraordinarias, magníficas, sensacionales. Aquí con mucho gusto, te aguardamos.

Rafael Rodríguez. (Ceuta).—Tu cuento, el que se refiere a Pinocho, a nuevas aventuras del simpático héroe, está muy bien. Palabra de honor. Pero tu cuento, querido Rafael, pasa de las cuarenta líneas, y no sabes tú, en esta ocasión, lo que lamentamos no poder burlar nuestra regla.

L. Guía.—Quedan admitidos tus dibujos y tus chistes.

Fernando Estapé. (Mataró, Barcelona).—Tu radiotelefonía, que admiramos en toda su perfección, se publicará.

José Arce.—Como a Juanito Díez te recomendamos paciencia. Con ésta y con tu ingenio un niño como tú hará, en lo sucesivo, maravillosos cuentos.

Antonio M. Vega de Leornu. (San Sebastián).—Muy bien. Queda admitido tu cuento.

Victor C. (Cangas de Onís).—Tu tío tiene una casa preciosa, a juzgar por el dibujo que nos remite, que se publicará. En cuanto a las dos niñas, que se dirigen a comprar PINOCHO, lamentamos su falta de pelos. Tan absolutamente calvas, ofrecen encima de los hombros una verdadera bola de billar. Calvas y todo, peladitas como están, las publicaremos. Veremos si en PINOCHO, en las páginas de la revista, echan pelos las dos niñas, como los descomos nosotros. Veremos.

Enrique Martínez. (Madrid).—Admitido, amigo Enrique. Hemos de confesar, sin embargo, que la colita de la cascaca de Pinocho, según la has dibujado tú, parece un salvavidas. Este dibujo que nos remites, en vez de «Pinocho futbolista», debiera llamarse «Pinocho naufrago», por aquello del salvavidas.

Carmen García. (Cuenca).—He recibido tus bonitos dibujos, querida Carmencita. Se publicará si hubieran llegado con buena tinta, negrita, chinita. Para otra ocasión, ya sabes lo que hay por aquí, inolvidable amiga.

Santiago Cabezas. (Barcelona).—Conformes. Tu historieta merece publicarse y se publicará.

Joaquín Palomares. (Barcelona).—Tu precioso dibujo ha llegado emborronado, muy confuso, apenas visible. Para otra vez procura, como principal objeto, la claridad. Tú puedes hacer muy buenas cosas.

Juanito Montero. (Córdoba).—He tenido, he cometido la imprudencia de leer tu cuento a tu amiga Pirula, y Pirula se ha desmayado. Porque tu cuento, Juanito, es atroz, imponente. Toros por este sitio, toros por el otro; sustos por aquí, sobresaltos por allí. ¡Horrible! Pirula se ha restablecido, es verdad; pero te rogamos para otra ocasión que, por compasión a los lectores de PINOCHO, no nos remitas esos cuentos tan atroces, que nos meten el corazón en un puño, sino cuentos alegres, expansivos, bonitos. Tú puedes conseguir algunas páginas interesantes, buenas. Pirula te perdona y nosotros, como Pirula, te perdonamos también.

Carmen Muñoz Pérez. (Madrid).—Muy bien, muy bien tu cuento, Carmencita. ¿Pero por qué, dime, lo has hecho tan largo? En esta ocasión, como en otras ocasiones, lamentamos no poder burlar, si queremos ser justos, la ley pinochista de las cuarenta líneas. Es una verdadera lástima, una pena, máxima cuando te reconocemos talento, ingenio y maña para escribir. Otra vez será, querida Carmen. No nos olvides.

Juan Guelbezu. (Madrid).—¿Qué contrariedad! Tus dibujos, tus buenos dibujos han llegado con muy mala tinta. No deberías olvidar, para otra ocasión, lo ocurrido ahora, esta lamentable pifia, esta falta, esta contrariedad...

María Ignacia Areyzaga y Cervero. (San Sebastián).—Como es simpático, publicaremos el retrato de Constantino Cebolleta. Está bien aquel dibujo, amiga María Ignacia Areyzaga y Cervero. Está bien el retrato de nuestro querido Cebolleta, y saldrá en PINOCHO, con o sin paraguas, según esté el tiempo.

Encarnación Mateo. (Valladolid).—Admitido, por bueno y por chistoso.

Miguel González. (Valladolid).—Muy bien; se publicará en la Revista, en tu Revista, en la nuestra, y reirán todos los lectores.

Amadeo Canals. (Barcelona).—Para tus seis bonitos años, tu dibujo es una maravilla, simpático Amadeo. Publicaremos, pues, tu obra a fin de que te admiren en todo el mundo.

Antonio Cabreros. (Gulpúcoa).—Muy gracioso. Tu chiste es admirable; tu dibujo, preciosísimo. Quedan formando cola y se publicarán, Antofito; se publicarán.

Manuel Moreno. (Málaga).—Nos gustan los chistes. Esa es la verdad. ¿Pero cómo te atreves, gran Manolo, a fraguar tus dibujos con esa tinta tan clara, limpia y transparente como el agua? En otra ocasión procura china —la tinta—, bien en la Plaza de la Constitución, en Sánchez Pastor o bien, en último término, en la calle del Marqués de Larios.

Elias Alecolea. (Ciudad Real).—Con mucho gusto haríamos el «honore» de publicar tu dibujo. Pero éste, por su pequeñez, no está en condiciones. No; no está en condiciones. En otra ocasión conseguirás hacer un buen dibujo —estamos seguros de ello— y publicarlo, con harta alegría por nuestra parte, en la Revista.

Francisco Balari y Sánchez. (Madrid).—¡Pobre Paquito! Eso está muy... regularito. ¿Qué quieres que te diga? Eso está muy mal, muy mal. Y lo siento. ¡Cómo lo siento! Lo siento tanto que no sé cómo decírtelo en estas páginas. Tú comprenderás nuestro dolor al ver los buñuelos de tus dibujos.

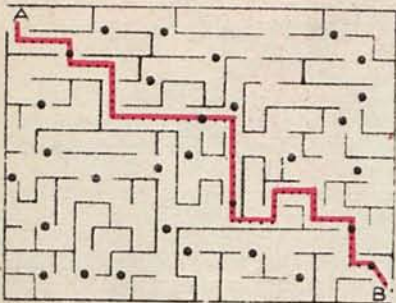
Rosa Banua. (San Sebastián).—Muy borroso, muy borroso, Rosa. Tus dibujos están bien, pero adolecen, como tantos otros, del defecto de la tinta. Para otra vez, tinta china, mi querida amiga.

Rosario R. Jiménez. (Santander).—Eres tan simpática y lista como Rosita, tu cariñosa antecesora. Tus dibujos están bien y se publicarán. Te felicitamos.

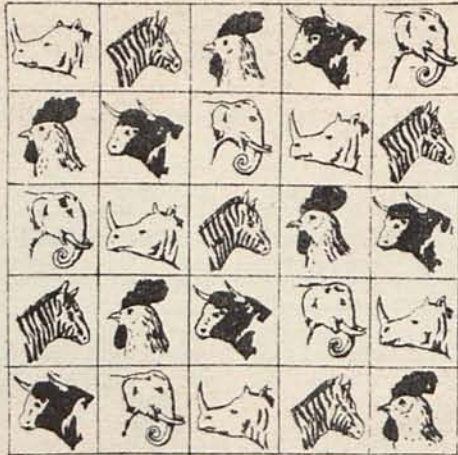
Juanito Campos. (Alicante).—El *autito* de Pinocho no podrá salir a la calle, a la publicidad. ¿Ignoras por qué? Pues por las ruedas, amigo Juanito. Las ruedas del *autito* no andan bien, no están redondas y, por si ello fuera poco, se hallan manchadas de tinta, sucias, imposibles. Otra vez que nos remitas el coche de Pinocho procura limpiarlo por todas sus partes para que nosotros lo veamos limpio, flamante, publicable. ¿Comprendes? Desacreditaría a Pinocho el tener un coche por limpiar, manchado de tinta, y todo, todo menos descreditar a Pinocho, Juanito.

SOLUCIONES DE LOS CONCURSOS DE LA PRIMERA SERIE

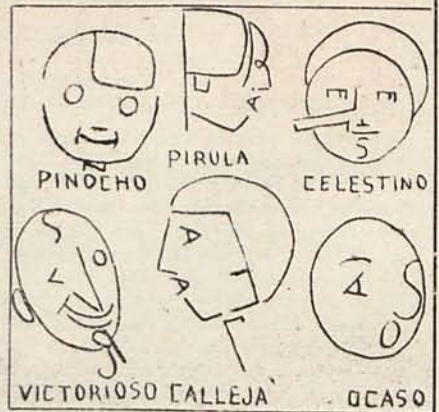
EL LABERINTO



LOS ANIMALES SE MUDAN



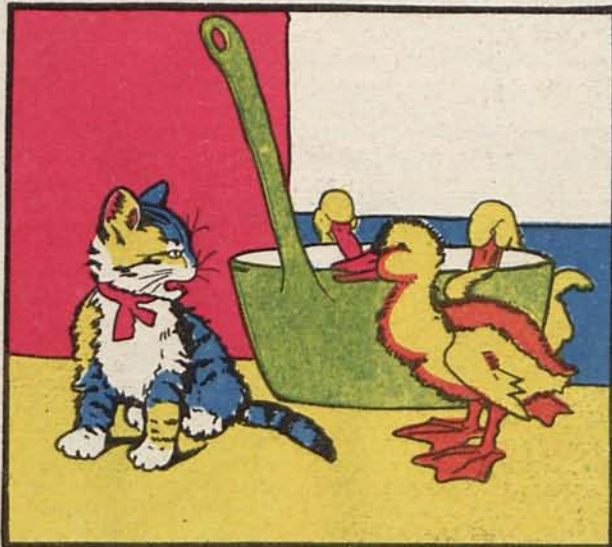
DIBUJAR CON LETRAS



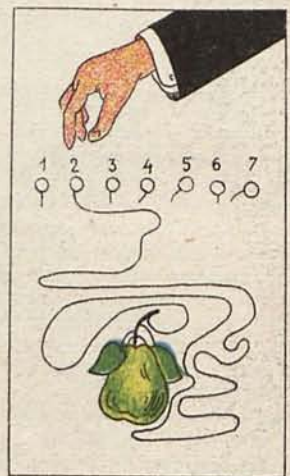
LOS DOS CIRCULOS



PARA ILUMINAR



LA PERA ENMARAÑADA



LA SEPARACION

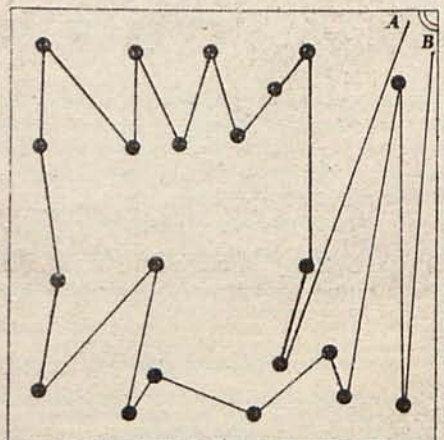


LOS TRES DESEOS

1º Vivir siempre rodeado de mi familia.
2º Un domingo urgente para obtener grandes triunfos en el cultivo de las Bellas Artes.
3º Que nunca falten hombres de sumo valor que se dediquen a motivar, educar y deleitar a los niños, como son los que hacen la revista *Luchas*.

Celestino Corcelles Muñoz
Málaga

LOS BOTONES SUELTOS



LOS SOMBREROS CAMBIADOS



LOS PRISIONEROS

J					
A	B	C	D	E	
C	D	E	F		
E	F	B	C		
F	B	A	D	J	
				A	

KIKIRIKI



Reproducción de las soluciones remitidas por el pinochista Celestino Corcelles Muñoz (de Málaga), a quien ha correspondido el PRIMER PREMIO